

DISCURSO

pronunciado por el

DR. JOSÉ ESPAÑA LLEDÓ

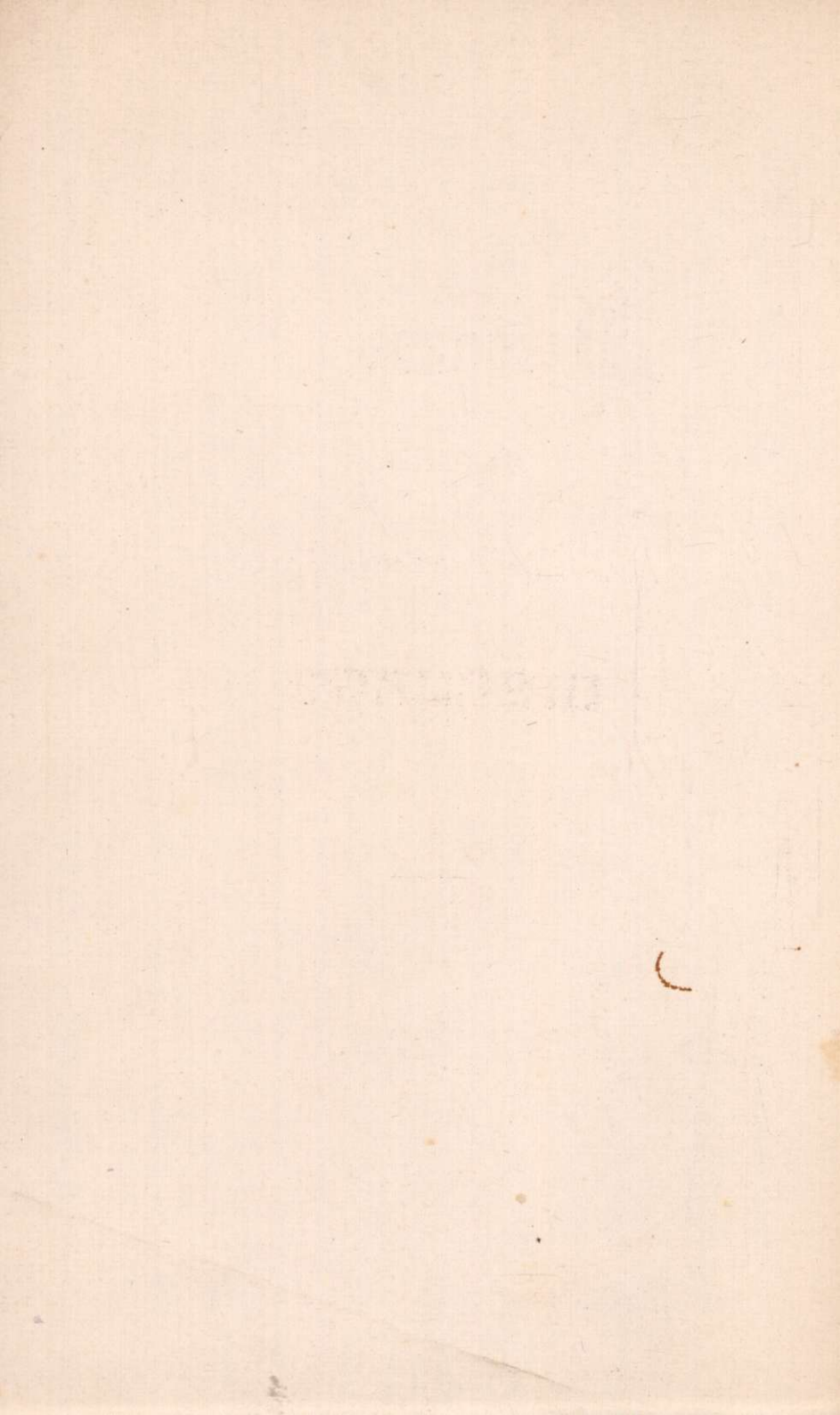
EN LOS JUEGOS FLORALES DE ALMERÍA,

EL DÍA 25 DE AGOSTO DE 1897.

GRANADA

Imp. de Zamora Hermanos

1897



B. 32. 147

DISCURSO



DISCURSO

pronunciado por el

DR. JOSÉ ESPAÑA LLEDÓ

EN LOS JUEGOS FLORALES DE ALMERÍA,

EL DÍA 25 DE AGOSTO DE 1897.

GRANADA

Imp. de Zamora Hermanos

1897



Con la venia de la Reina de la
Hermosura.

SEÑORAS: SEÑORES:

EL entusiasta aplauso con que me recibís yo lo recojo, no para mí, que ciertamente no lo merezco, sino para la Universidad de Granada, madre intelectual de todos nosotros, en cuyas aulas entré como discípulo y en las que hoy continúo como maestro, siquiera sea el último de los que enseñan.

Si tan alta investidura, que por azares de la suerte puedo ostentar, no concurriera en mí, si esta medalla que pende de mi pecho no tuviera grabado como lema: *Per omnia difundet luce*, jamás me hubiera

atrevido á ser mantenedor de estos *Juegos florales* que debió presidir D. Francisco Silvela, el literato insigne, el patricio íntegro, el orador elocuentísimo, esperanza de los que no quieren que la política española sea un tablero de ajedrez donde los peones solo se muevan al impulso de los más desenfrenados apetitos. (*Aplausos*).

Y al llegar á este punto, lamento desde lo más íntimo de mi corazón la justa causa que motiva la ausencia de repúblico tan preclaro. Cánovas, el gran pensador, el literato eminente, el polemista incontrastable, el alma de la Restauración, el único que podía decir, parodiando con fortuna á Luis XIV: *el partido conservador soy yo*, ha muerto hace pocos días á mano airada y vil, cumpliéndose en él esa misteriosa ley de la espiación que preside la historia.

En odio á la fuerza moral que representaba el Pontificado en la Edad media, la aristocracia apoyó con sus espadas la Reforma protestante sin comprender que cavaba su sepultura, y por eso se levantó en Inglaterra el cadalso de Carlos I y en Francia el de Luis XVI, y el cetro de la

política que ostentaban en sus manos las clases privilegiadas, rodó como hoja seca y fué á parar á las de la burguesía, que se personifica en Napoleón, nuevo Prometeo que esparce el fuego sagrado de las revoluciones por toda Europa para morir después con las entrañas destrozadas por el dolor en el peñasco de Santa Elena que azotan las rugientes olas del Atlántico. (*Grandes aplausos*).

Y la lucha no ha cesado: los burgueses caen por todas partes heridos por los sicarios de la anarquía; nos llega nuestro turno, y elige su víctima, hiere á Cánovas y este sella con su sangre sus triunfos y sus errores, obligándonos á detenernos al borde de su tumba por aquellos respetos que impone la muerte y que sellan nuestros labios, dispuestos á preguntarle si viviera, lo que Augusto preguntó á Varro: ¿qué has hecho de mis legiones? (*Aplausos*).

Lo que acabo de decir demuestra que los momentos críticos actuales imponen á los que tienen, como el Sr. Silvela, la alta dirección de las fuerzas vivas de esta Sociedad, grandes comedimientos; y por eso calla el gran orador, y habla el



último de los maestros de la Universidad de Granada.

Ya sé, y lo ha dicho elocuentemente el Sr. Langle, que estas fiestas tienen contradictores, y quizá habrá quien afirme que en estos momentos los *Juegos florales* son anacrónicos; pero yo que no tengo tiempo para discutir, sigo adelante dejándolos en su error. Fuera de las grandes ideas salvadoras de nuestra nacionalidad no hay redención posible, y estos festejos donde se proclaman tan nobles ideales, son necesarios de todo punto. Es indispensable decir muy alto que la Religión no es solo un vínculo individual, sino una fuerza social y política; es indispensable proclamar la integridad de la Patria española, coexistiendo con la variedad de nuestras lenguas, de nuestras costumbres y de nuestras instituciones locales; es finalmente necesario, que todos sepan que queremos la Monarquía, aquella que fundó Recaredo, aquella que ensancharon las espadas de los Jaimes, de los Alfonsos y de los Fernandos, aquella que cerró la obra de la Reconquista en Granada, y abrió la era de las grandes expansiones de nuestra nacionalidad, llevando nues-

tros estandartes sostenidos por las manos de Gonzalo Fernández de Córdoba, Hernán Cortés, Pizarro, Magallanes, Leiva, Pescara, Alba, Requesens y Farnesio á donde el sol alumbra, porque donde quiera que esparce sus rayos la gran estrella, fuente de la vida y de la luz, en nuestro sistema planetario, no hay un pedazo de tierra, como decía el Poeta, sin una tumba española. (*Aplausos*).

Y todos estos grandes ideales, forma sustancial que nos anima, y por cuyo olvido y menosprecio hemos caído, y con cuya restauración nos elevaremos, los queremos con aquella santa libertad de que hablaba S. Pablo; los queremos con la libertad plenísima para el derecho, con el ciudadano libre dentro del municipio libre, con el municipio libre dentro de la región libre, con la colonia libre dentro de la gran unidad de la Patria; los queremos con la justicia imperante y con el error y el crimen sometidos.

Por lo que acabo de decir comprendéis cuán difícil es este discurso para mí, y por qué á pesar de los elogios que con su habitual galantería me ha dedicado el señor Langle, reclamo vuestra benevolencia.

à título de huésped... digo mal, à título de hermano vuestro y de vuestro compatriota. Sí; creolo sabeis: esta Ciudad gentil que agrupa su caserío al pie de la Alcazaba morisca que la domina, la que coronan las palmeras que sembró la nostalgia del árabe del desierto, la que se asoma como à un espejo al Mediterráneo, donde los peces del mar en tiempos más felices no podían nadar sin llevar sobre sus plateadas escamas las rojas barras de Cataluña y Aragón, la que conquistó Alfonso el Emperador, y recuperó la vencedora espada de los Reyes Católicos, es mi patria, si en ella no nació, nacieron mis antecesores; y hoy al recibirme con los brazos abiertos, establece conmigo un nuevo vínculo que durará lo que dure mi pensamiento. (*Grandes aplausos*).

Ahora, señoras y señores, entremos en materia. Sustento que la literatura, si ha de corresponder à su alta misión civilizadora, ha de ser nacional, y expresar los sentimientos que caracterizan à la Nación, para lo cual son instrumentos apropiados los *Juegos florales*.

¿Quién duda que la humanidad es una sola familia? ¿Quién duda de la solaridad

humana que la historia nos demuestra á cada paso? ¿Quién duda que Adán se regenera en Jesucristo y que Eva se purifica en María? ¿Me decís que hay quien duda? ¿Me decís que hay quien afirma lo contrario en nombre de la ciencia y que llama caducas teologías á esto que creemos y confesamos? Pues yo os digo que no tengo tiempo de discutir con esos sabios que niegan á Dios y en cambio creen á puño cerrado en la mónera y en el cyto-blasto, que nadie ha visto; en la evolución, uno de cuyos anillos es el anfioxus, y el más inmediato al hombre, el mono tropical que ahullaba y silbaba hace miles de miles de años en la impenetrable selva. (*Muy bien*).

Creer en eso, creer és; repito que no discuto aquí las creencias de nadie, y menos mientras no se me explique un hecho relacionado inmediatamente con esta reunión, en la cual el ingenio, la virtud y la belleza rinden culto al arte, y con mi tesis. ¿Cual es, pregunto, el mecanismo maravilloso por cuyo ministerio el ahullido y silbido inarticulados del mono tropical se transformaron en la palabra, expresión fiel del pensamiento, y por qué la palabra no

contenta con significar la idea, la expresó artísticamente y fué el Ramayana en la India, la Iliada en Grecia, la Eneida en Roma, la Divina Comedia en Italia, los Lusitanos en Portugal, y para concluir, la carcajada con que cierra en España un ciclo entero Cervantes y que se llama el Quijote? Así que esos sabios me expliquen estos hechos, yo entónces creeré en la mónera, en el cytoblasto, en el an-floxus, y si se meapura en el mono tropical que danza y ahulla en la selva tenebrosa, y lo tendré por mi progenitor y negaré al pobre Alán caído, y bendeciré al antropiteco regenerado. (*Grandes aplausos*).

De lamentar es que estas aberraciones, pasando de las teorías á los hechos, nos conduzcan á catástrofes como la que hemos presenciado en Santa Águeda. Cuando el hombre se olvida de su origen, cree que la tierra es el centro de las almas, no tiene cubierto en el festín de Baltasar de la civilización moderna, y oye por todas partes que es soberano, y vé que su corona es de espinas y su manto de harapos, mientras otros disipan en una noche lo que bastaría para alimen-

tarle muchos años, no es raro y peregrino que levante el brazo, armado de la dinamita, el puñal ó el revolver, y siembre en su derredor la destrucción y la muerte, escribiendo con letras sangrientas el *Mane, Thecel, Pharès*, que anuncia que el error es el odre emblemático que conducía Ulises en su nave, y que el desgraciado que lo abre solo recoge vientos deshechos y tempestades furiosas. (*Grandes aplausos*).

Afirmemos, pues, con todo el vigor de nuestro corazón, la idea salvadora de la unidad de la humanidad, una por su origen, una por su destino, una por su fin, y sigamos nuestro camino mientras los sabios de laboratorio que han arrancado al pueblo sus creencias y con su fé la esperanza, continúan su tarea, y la ley de la expiación se cumple.

Pero en la unidad existe la variedad, y por eso en el seno de la humanidad existen las razas y viven y se agitan las naciones.

Las nacionalidades se constituyen por el amor al suelo, por la comunidad de intereses; por la unidad de sentimientos é ideas; son realidades históricas creadas

por el hecho de la ocupación del territorio en la hora en que las gentes se esparcieron por nuestro Planeta, y mantiene su coesión la unidad del poder que las rige.

Dentro de la unidad nación existe también la variedad de la región, nombre vi-tando para algunos, y que para el pensador y el filósofo, como dice mi docto amigo el Sr. Brieva, no es otra cosa sino aquella ley de la naturaleza que hasta los dedos de la mano hizo desiguales para que cada cual ejerciera mejor su oficio, y puso la nevada montaña junto á la verde y florecida vega, y dió á cada pueblo su aire y humor natural y le inclinó más á unas costumbres y gustos que á otros gustos y á otras costumbres, obra que los hechos repetidos en el tiempo consagran, que las tradiciones sellan y que la historia escribe con mano inflexible en sus anales.

En ninguna parte, señoras y señores, tiene más razón de ser el regionalismo que en nuestra España.

La postrera es de las tierras de Occidente. Extendida entre dos mares, abrázala por un lado el Atlántico, cuyas olas

van á morir á aquellas playas de la América que descubrimos para la religión y el progreso, y por otro la besa el Mediterráneo en cuyas orillas las colonias fenicias y griegas esparcieron la civilización que selló Roma con el pomo de su vencedora espada.

Vario es el clima de Península, de distinto origen sus habitantes primitivos, diversos los estados en que estuvo dividida, y las civilizaciones que han dominado en su suelo. Véase por qué el regionalismo ha tenido y tiene una gran razón de ser, y desdichados nuestros hombres de gobierno que han querido con decretos y leyes borrar lo que Dios hizo.

Y sin embargo de toda esta variedad interior, la Patria española existe y todos la afirmamos, lo mismo los que hablan la lengua de los trovadores, que los que expresan su pensamiento en el idioma de Calderón; lo mismo los que ven el símbolo de nuestras franquicias en el árbol de Guernica, que los que viven en las fértiles regiones de Andalucía y contemplan en Cádiz el santuario augusto de las libertades públicas.

La literatura, que no es otra cosa más

que la expresión artística por medio de signos del hombre interior, refleja perfectamente el organismo de la humanidad, una y varia á la vez; y por eso las literaturas no pueden ser humanas como no sean nacionales, y no pueden ser nacionales como no sean regionales y locales. De la propia suerte que el río caudaloso se forma de millones de millones de gotas de agua, que convertidas en vapor el sol arranca del seno del Océano para venir á depositarlas, sirviéndole de esclava la tempestad, en la cima de la montaña y formar el manantial, y con el manantial el arroyo, y con el arroyo el torrente, y con el torrente el río, que á su vez devuelve al mar lo que del mar recibiera; de la misma manera, al calor benéfico del suelo donde nacimos, y á impulsos del recuerdo de lo pasado y de las esperanzas del porvenir, nacen las literaturas locales, manantial, arroyo, torrente, que forma el río de la literatura nacional que devuelve centuplicado al mar de la humanidad lo que de la humanidad ha recibido. (*Grandes aplausos*).

Bien ha hecho, pues, el Círculo Literario de Almería en convocar á este certá-

men, desoyendo la voz de algunos espíritus pequeños que entienden que cuando la guerra brama debe enmudecer la lira.

Los antiguos trovadores, los que se congregaron en Tolosa, en Barcelona y en Valencia, los que protegió Juan el Cazador y Martín el Humano, no gozaron tiempos más pacíficos que los nuestros; lo mismo cantaban sus trovas que ceñían las armaduras, porque en estas tierras generosas jamás la espada embotó la pluma, ni la pluma á la espada.

Imitémosles, señores. El anarquismo niega la sociedad, afirmémosla; predica el odio, proclamemos el amor; quiere borrar las fronteras, escribamos con nuestra sangre que la patria existe y luchemos hasta morir contra los que pretenden desmembrarla.

Nuestra literatura nacional, señoras y señores, se nutre de dos grandes ideas: la patria en que nacimos y la Religión en que vivimos. ¿En qué pensaban, si nó, los esforzados compañeros de Pelayo, que por él capitaneados y conducidos levantaron la España, caída á orillas del Guadalete, en las rocas de Covadonga? ¿Por qué se ensanchaba Castilla delante del

caballo del Cid? ¿Por qué D. Jaime conquistó á Valencia y Murcia y se apoderó de las Baleares? ¿Por qué Pedro III unió á su corona las dos Sicilias y pudo recoger el guante ensangrentado de Conradino? ¿Por qué los Reyes Católicos terminaron la obra de la Reconquista, Carlos V. dominó á Europa, Felipe II encerró en el Norte la Reforma, el pueblo de Madrid declaró la guerra á Napoleón? y ¿por qué aún luchamos y lucharemos por conservar á Cuba y Filipinas españolas, sin que nos arredren los filibusteros armados, ni los mercaderes enriquecidos con el agiotaje, que esperan nuestra crucifixión para echar suerte sobre nuestras vestiduras? Porque tenemos fé en la Religión y en la Patria, y porque todavía esos generosos sentimientos son la característica de nuestras letras y aún podemos decir con el gran Zorrilla:

«Y hé aquí por qué, cuando mi voz levanto
Cristiano y español, con fé y sin miedo
Canto mi religión, mi patria canto.»

(Grandes y prolongados aplausos).

Y en ninguna parte como en esta tierra generosa de Almería viven incólumes tan altos ideales; en ninguna parte hay mas ansia y codicia de la luz de la civilización

que aquí donde han nacido tantos sabios, tantos poetas y tantos oradores como ilustran las páginas de nuestra historia.

Lo repito, en esta tierra de los Salmerones, de los González Garbín, de los Torres Campos, Leal de Ibarra, Ledesmas, Rubios, Langle y de tantos y tantos como acuden en tropel á mi memoria, no puede faltar jamás la inspiración del sentimiento. (*Aplausos*).

El arte es esencial á la vida y por eso son necesarios los *Juegos florales*. La influencia del arte es transcendental por que se apodera de toda la naturaleza y la transforma: ved por qué el artista en la naturaleza se inspira y aprende del castor que levanta su dique, de la abeja que construye su panal, del volcán que abre el seno de la montaña, de la electricidad que brama con el trueno é ilumina con el rayo, del mar que se agita convulso y estalla en blanca espuma en los acantilados de la costa, del ruiseñor que canta sus amores, del murmullo de los bosques, del susurrar del arroyuelo, de la palmera que agita la brisa, del arrebol del sol que se oculta tras la montaña, del arco iris que Dios tendió entre las nubes como en señal

de paz eterna, y de las esbeltas líneas del cuerpo humano. ¿Quereis poesía? Pues estudiad todo eso junto, harmonizadlo, elevaos á la idèa de un Dios providente, de un Cristo regenerador, de un hombre libre que marcha por los caminos de la historia regándolos con el sudor de su frente y con la sangre de la espiación, meditaad que el hombre es el microcosmos, prisionero de la naturaleza por el cuerpo, unido al Creador por el espíritu, anillo misterioso que enlaza lo relativo con lo absoluto, vario y múltiple dentro de lo uno, que ama á Dios sobre todas las cosas; que ama á su familia, que ama á su tribu, que ama á sus conciudadanos, que ama al suelo que le vió nacer, y con el suelo que le vió nacer á la región, y con la región á la nación, y con la nación á la humanidad, y estareis en pleno realismo, cantando lo bello, lo grande y lo generoso, dejando para el cirujano y el médico, para el jurisconsulto y el teólogo las miserias del cuerpo y las lacerias del espíritu. (*Grandes aplausos*).

Y en estas épocas en que las nieblas de la duda todo lo envuelven, cuando la luz de la convicción vacila y se apaga, el poe-

ta dirige la mirada de los pueblos hácia el ideal, y nuevo Noé, previendo el cataclismo, fabrica el Arca Santa que ha de sobrenadar entre el diluvio de las pasiones, y de la cual, en día no remoto, ha de salir la paloma mensajera que vuelva á ella trayendo en su rosado pico el verde ramo de oliva, símbolo de las esperanzas de un porvenir mejor. (*Grandes aplausos*).

Esa es vuestra obra; ved si no es cierto que estos pacíficos certámenen, donde los modernos felibres cultivan como sus antecesores, sin cuidarse del fragor de los combates, ni de las miserias de la vida el amor, la patria y la fé, son de una utilidad manifiesta, digan lo que quieran sus contradictores.

Voy á concluir; pero no lo haré sin consagrar desde este sitio un recuerdo en primer término á aquellos bravos soldados, que habiendo atravesado los mares con amor en el corazón y fé en el pensamiento, combaten sin tregua ni descanso en Cuba y Filipinas.

Siempre son los mismos: son los que con Anibal atravesaron los Alpes y vencieron en Trevia, Trasimeno y Cannas; son los que humillaron en lucha de ocho siglos á

los hijos de Agar; los que orlaron sus sienes con el laurel de la victoria en Pavía y San Quintín, los que supieron resistir como murallas en Rocroy, los descendientes de aquellos pocos que pasaron la raya que trazó en la arena con la punta de su espada Pizarro; los que con Hernán Cortés quemaron sus naves, resistieron los horrores de la noche triste y vencieron en Otumba; los que con el general *No Importa* á la cabeza elevaron con sus pechos murallas indestructibles en Zaragoza y Gerona, é hirieron en el corazón al águila napoleónica que había paseado vencedora todos los campos de Europa. (*Grandes aplausos*).

Siempre son los mismos: siempre llenos de fé, siempre inflamados en el amor patrio; á ellos y á los invictos genera es que los conducen á la pelea envío desde este sitio sin distinción de partidos, el más cariñoso de los saludos, llámense Martínez Campos, Weyler, Blanco, Polavieja, Primo de Rivera, ó como se llamen, mientras no desconfíen de la salvación de esta patria querida, que puede verse pobre, sin sangre en sus venas, sin calor que vigorice sus entumecidos miembros;

pero que merced á su constancia ha escrito y escribirá su nombre con letras de oro en el libro de la historia. (*Aplausos prolongados*).

Y en último lugar, permitidme que diga algo de vosotras, de la mujer que tan alta representación tiene en esta fiesta, y de cuyas blancas manos recibe el poeta la flor natural, emblema de su triunfo. Os hablo las últimas, porque sois la cúpula de la creación y el ornamento de ella, y porque Dios creador, después que su espíritu flotó sobre las aguas, creó los luminares que atraviesan la inmensidad de los espacios, hinchó los mares y los continentes de seres vivos, desde el infusorio hasta el mastodonte, desde el crigtógama hasta el cedro, después que formó á Adán de barro rojo á su imagen y semejanza y le infundió soplo de vida, creó de una de sus costillas á Eva, la de gentil talante, su eterna compañera, la que había de conducirle al abismo con su credulidad, la que había de enjugar el sudor de su frente y las lágrimas de sus ojos, la que le había de dar numerosa descendencia, de la cual había de surgir María, emblema de todas las purezas y fuente de todas

las esperanzas y de cuyo seno nació el Verbo hecho hombre, muerto en las cumbres del Gólgota para nuestra redención, y que al espirar escribió con su sangre en la bandera de los progresos futuros estas sublimes palabras: «Amaos los unos á los otros.» (*Grandes aplausos*).

He terminado, señoras y señores. Poetas: efímera es la flor natural que simboliza vuestro triunfo; pero efímera y todo, como lo son las glorias humanas, vuestra pacífica victoria y vuestra labor son más duraderas que los sangrientos laureles de los guerreros. Dios borra con polvo de los imperios la obra de los conquistadores y arranca de cuajo los estandartes que cubrieron con su sombra la redondez de la tierra; y sin embargo, aun cuando ya en nuestros dominios se pone el sol, la lengua española es el idioma en que rezan y cantan millones de criaturas, y en la memoria de las gentes vivirá siempre el recuerdo de Calderón y Cervantes.—*HE DICHO.*—(*Grandes y prolongados aplausos. Los concurrentes felicitan al orador.*)



